

En el principio ya existía la compañía

Miren Junkal Guevara Llaguno
Facultad de Teología de Granada

*Para los profesores de religión de la escuela pública en Madrid,
Porque llevan adelante el cristianismo cotidiano.*

Creo que no es pretencioso decir que cualquiera de los que estamos aquí, cuando oímos esta frase nos sentimos transportados al texto de Gn 1 en el que el autor del relato describe al ritmo del día y la noche la creación del cielo y de la tierra: “En el principio, creo Dios el cielo y la tierra” (Gn 1,1) .

Es ahí donde quiero empezar esta charla de hoy que pretende ofreceros alguna pista para dar fondo, y densidad a vuestra tarea de profesores de religión –fundamentalmente en la escuela pública-. Y os ofrezco fondo y densidad, tridimensionalidad, no porque no la tengáis, sino porque el día a día, a veces, con sus ritmos, conflictos, cansancios, nos hace planos, como de una dimensión. Y parece como que necesitamos volver al principio; retomar impulso y fuerzas para ese cristianismo cotidiano.

Comenzaré enmarcando mi charla en el relato del primer capítulo del Génesis destacando y desarrollando lo que me parece son tres grandes convicciones del autor sagrado en relación con la compañía sobre las que podemos pensar y desde las que podemos examinar tantas situaciones en las que damos y recibimos compañía. Lo haré siguiendo los textos de la Biblia que trataré de iluminar con algunas claves que espero explicar con sencillez.

Así que vayamos al principio porque, “En el principio Dios creó el cielo y la tierra” (Gn 1,1).

“**En el principio**” no es en este relato una indicación de tiempo; no se refiere al momento en el que surgieron toda la materia y la energía que existen hoy en el universo. En el principio no es una teoría más junto al Big Bang o la teoría de cuerdas. No es ni un cuándo ni un cómo.

En el principio es una llamada a considerar que **Dios está en el origen de todo**, del cielo y de la tierra que es una manera que tiene el autor de referirse, en las categorías de su tiempo, a toda la realidad: el cielo y la tierra. Dios es quien llama a la existencia todo lo

que existe. Nada ni nadie tiene la capacidad de darse a sí mismo o a otro el ser, el hecho de ser. Podemos dar vida pero no podemos dar el ser, la identidad, lo propio y singular de cada uno de nosotros. De hecho en hebreo el sujeto de verbo crear que se usa en este texto [bara] sólo puede ser Dios. Para referirse a las cosas que los seres humanos creamos, hay en hebreo otros verbos.

El cielo y la tierra es un binomio que quiere abarcarlo todo. El cielo y la tierra es toda la realidad que existe. El autor no imagina, porque la cultura de su tiempo no se lo permite, otros mundos posibles.

Y así en el principio de cualquier existencia está Dios. Y ahí, si os dais cuenta, ya está la compañía. En el origen de cualquier realidad-criatura Dios ya está presente. Está como esperando a que alumbre, a que espabile y se agite... En el principio, a la puerta de cualquier realidad y de cualquier criatura está Dios.

La teología y los teólogos han escrito muchas páginas para explicar esta presencia de Dios alumbrándolo todo; nos han hablado de la preexistencia; de la creación de la nada... La Biblia, totalmente contagiada de la cultura ambiente de su tiempo, e lugar de hablar de Dios en términos abstractos, especulativos (omnipotencia, omnisciencia, sabiduría...) nos habló de Dios usando las imágenes de los artesanos y artistas que con sus manos dan forma a las cosas y con sus palabras componen historias y poemas. Y, así, en lugar en lugar de poner los ojos de los que oían los relatos bíblicos en el cielo, más arriba de las nubes, a lo lejos y en lo desconocido, enfocaron la vista de la audiencia en la tierra y le explicaron día por día, hasta el séptimo día, como, efectivamente, Dios estaba propiciando y acompañando el llegar a la existencia de toda la realidad y de todos los seres que la habitan.

Quiero detenerme aquí un poquito más para intentar enmarcar este mensaje en el conjunto de los libros de la Biblia.

Este capítulo con el que se abre la Biblia no es, ni mucho menos, el texto más antiguo de la misma o uno de los primeros que se escribió. Este texto, por el sabor que rezuman sus imágenes y la sonoridad del hebreo que utiliza está compuesto, muy posiblemente, en el contexto cultural del oriente del s. V a.C. Este texto no es un reportaje del pasado, de los tiempos primeros en los que nosotros, por cierto, no estuvimos. No se ha encuadrado aquí porque fuera lo primero; todo lo contrario. Este texto es un programa de futuro; no declara las bondades de un pasado que perdimos sino el desafío del futuro que podemos conquistar.

La Biblia se inaugura con la solemne declaración de las grandes posibilidades que tiene esta existencia a la que hemos sido llamados por Dios, grandes posibilidades que nosotros podemos y tenemos que desarrollar.

Ahora bien, el ambiente en el que el texto se fragua no sirve para condicionarlo, para convertir el texto del Génesis en un relato más, sino que el autor sagrado fue capaz de reconocer la revolución del Dios que había elegido revelarse a Israel. Y, así, en lugar de colocar a Dios en su mundo y con sus cosas, como lo hacían los textos sagrados del mundo sumerio cuya cultura el autor sagrado bebía a todas horas, lo colocó enfrascado en la creación de la tierra, hasta el punto de que, si os dais cuenta, nada se dice de los cielos y de sus secretos (curiosamente, todos los libros escritos para revelar los secretos del cielo, han sido considerados apócrifos por judíos y cristianos).

Si me permitís la imagen, con el texto del Génesis en la mano Dios construye un tratado de Geología no de astronomía. Mejor aún, escribe un tratado de alfarería porque desde el primer minuto Dios tiene las manos metidas en el *adam*, en el barro, que es lo que la palabra *adam* significa.

De manera que sí, en el principio de todo, ya existió la compañía porque Dios se pensó comprometido con su obra, en medio de ella; ojo, no disuelto en ella, sino presente, dinamizando, animando, porque “el espíritu de Dios se movía sobre las aguas” (Gn 1,2).

Con este mensaje de fondo tan potente, este mismo relato de Gn 1 nos hace caer en la cuenta de que si, desde el principio, Dios fue compañía, las criaturas todas tuvieron que tener la compañía como elemento diferencial, propio e irrenunciable.

Así, si leemos el texto despacio, los días van transcurriendo al ritmo de la luz y las tinieblas, y la creación va mostrando sus perfiles así, poco a poco.

En los tres primeros días se crea lo que podríamos considerar “el escenario” de la creación: la luz para poder reconocer todos los planos y todas las esquinas; el firmamento, una especie de bóveda celeste por la que puedan discurrir las aves y en la que se puedan colgar los astros y, finalmente, los continentes llenos de flores, árboles y plantas que puedan servir de alimento.

Cuando el escenario está bien preparado comienzan a aparecer las criaturas que van poblando ese escenario por orden; primero los astros para marcar días, meses y años; después los pájaros y los grandes cetáceos que se mueven libremente por el aire y los grandes océanos y, por último, las bestias, los animales domésticos, anfibios y reptiles. Y

cuando cada ser vivo ha encontrado su hueco en la creación, como para cerrar y culminar la creación aparece el ser humano.

Quiero que os fijéis en la dinámica de progresión y orden que la aparición de las criaturas sigue. No aparecen astros si no hay bóveda donde colgarlos, ni seres vivos sin plantas y árboles con los que alimentarse, y no existen seres humanos, los únicos y a semejanza de Dios si todas las demás especies de seres vivos no han sido creadas.

Si os dais cuenta, esta manera de concebir la creación nos devuelve a la cuestión de la compañía. Todos los seres están conectados entre sí; hay una especie de solidaridad entre todos, de manera que la creación de unos posibilita la llamada a la existencia de otros. No hay seres que puedan ir por libre o que no sean importantes en el desarrollo de la vida de otros. Como dice Francisco en *Laudato sí*,

Todas las criaturas están conectadas, cada una debe ser valorada con afecto y admiración, y todos los seres nos necesitamos unos a otros. (LS 23)
 “todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde” (LS 89).

Ahora bien, la llamada a la existencia del ser humano trae consigo una novedad que también nos remite a la compañía como un elemento nuclear de la creación.

El texto dice que Dios creó hombre y mujer como imagen y semejanza. El texto hebreo utiliza para hablar de imagen y semejanza dos términos [demut y selem] que, normalmente, se refieren a las estatuas. Hombre y mujer son en la creación estatuas que remiten, recuerdan y evocan al creador.

Esta idea de la humanidad como estatua, también le viene al autor del mundo cultural sumerio en el que vive.

En el mundo antiguo se pensaba que una imagen llevaba siempre la esencia de aquel a quien representaba y por eso, se ponían imágenes de los dioses en los templos; para que estuviera presente su esencia. Pero jamás en un texto del Oriente próximo se dice que los seres humanos sean imagen, que porten esa esencia de lo divino.

Sin embargo, una vez más, el autor bíblico capta la novedad, la revolución del Dios que se revela a Israel porque para él, los seres humanos, precisamente ellos, son los que contienen la esencia divina, de tal manera que son ellos los que le representan. Y fijáos que, en todo momento, el texto habla de hombre y mujer; es decir, la humanidad, cualquier ser humano, está impregnado de esa esencia de lo divino y lo representa, lo evoca en medio de la creación.

De esta manera, cuando terminamos la lectura del capítulo 1 del Génesis, podemos decir que en este pórtico, que no es un pasado que perdimos, sino un futuro por conquistar, enuncia **tres grandes convicciones**:

→ En el principio, Dios se pensó en compañía.

→ En el principio, Dios pensó unas criaturas en compañía

→ En el principio, Dios pensó quedarse siempre haciéndonos compañía

Lógicamente, porque estas tres grandes convicciones están como esculpidas en este capítulo que es pórtico de la Biblia y apunta el futuro que estamos llamados a conquistar, a lo largo de las historias bíblicas, de los poemas de los salmos, de los anuncios y denuncias proféticas, se van a mostrar ejemplos, escenas y nuevos itinerarios en los que dar forma a esa compañía original.

Naturalmente, podríamos escoger muchos textos, muchas historias de personajes pero he preferido centrarme en algunas de ellas para que os resulte más fácil recordar, repensar y reflexionar.

En el principio, Dios se pensó en compañía

Como os hacía notar al comenzar a comentar el texto de Gn 1, la Biblia no muestra nunca interés en hablarnos de Dios en el cielo; sólo, aislado o ausente. Desde el principio, Dios sale de sí y busca la compañía.

Si vamos al relato del Éxodo que todos conocemos y que se cuenta en los libros de Éxodo y Números, la aventura comienza en compañía. Dios ha visto y escuchado las penurias del pueblo

“**Ex 3** Los he oído quejarse por culpa de sus capataces, y sé muy bien lo que sufren. ⁸ Por eso he bajado, para salvarlos del poder de los egipcios; voy a sacarlos de ese país y voy a llevarlos a una tierra grande y buena, donde la leche y la miel corren como el agua”.

La dramática situación del pueblo no se arregla con buenas palabras que Dios pronuncia desde el cielo; exige la presencia personal de Dios que no sólo comparte la tragedia, sino que se compromete a revertir la situación y garantizar un futuro mejor.

Además, Dios tampoco emprende solo esta tarea.

Después de la elección de Moisés, el relato de plagas se escribe como un magnífico ejemplo para mostrarnos cómo las criaturas que llegaron a la existencia antes que los seres humanos, se unen para, juntas, solidarizarse con la situación de los israelitas y, así, ranas, granizo, mosquitos, tinieblas... van apareciendo poco a poco y preparando el ambiente que haga posible la salida de los israelitas de la tierra de Egipto.

Después, una vez en el camino por el desierto, Dios se deja acompañar de la nube y el fuego y, así, leemos “Ex 13, ²¹ De día, el Señor los acompañaba en una columna de nube, para señalarles el camino; y de noche, en una columna de fuego, para alumbrarlos. Así pudieron viajar día y noche”.

La convicción de la compañía de Dios y las criaturas quedó tan grabada en la mentalidad de Israel que, cuando Pablo de Tarso recuerda aquel itinerario por el desierto en 1 Corintos 10, reinterpreta la historia en clave de compañía:

¹No quiero, hermanos, que olvidéis que nuestros antepasados estuvieron todos bajo aquella nube, y todos atravesaron el mar Rojo. ²De este modo, todos ellos quedaron unidos a Moisés al ser bautizados en la nube y en el mar. ³Igualmente, todos ellos comieron el mismo alimento espiritual ⁴y bebieron la misma bebida espiritual (**1 Cor 10**)

Pero, si nos fijamos, la compañía es en este texto un algo más que acompañar, caminar juntos e iluminar el camino. La compañía ha traído alimento y bebida, socorro y, además, después de la Pascua, ha traído a Cristo personalmente a compartir la suerte del pueblo porque los acompañaba no ya la nube o el fuego, sino la roca y el texto concluye afirmando “bebían agua de la roca espiritual que los acompañaba en su viaje, y esa roca era Cristo.”.

Por último, la entrada en la tierra, como vemos al principio del libro de Josué, también se hace en compañía y la fuerza del grupo se recuerda con tanta claridad, que da forma a la manera en que el Apocalipsis imagina el triunfo de Cristo en la historia, un triunfo en compañía:

Ap 14,1 Vi al Cordero, que estaba de pie sobre el monte Sión. Con él había ciento cuarenta y cuatro mil personas que tenían escritos en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre. 2 Luego oí un sonido que venía del cielo; era como el sonido de una cascada, como el retumbar de un fuerte trueno; era un sonido como el de muchos arpistas tocando sus arpas. 3 Cantaban un nuevo canto delante del trono y delante de los cuatro seres vivientes y de los ancianos. Nadie podía aprender aquel canto, sino solamente los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron salvados de entre los de la tierra.

Esta presentación del modo como se intuye el triunfo y la consumación de la historia, es decir el futuro que anuncia Gn 1 y que el Apocalipsis considera conquistado realiza de modo pleno la solidaridad

En el principio, Dios pensó unas criaturas en compañía

Para iluminar esta segunda convicción, me permitiréis que recuerde una serie de historias en las que las mujeres protagonistas de los relatos de la Biblia hicieron compañía: cuidaron el crecimiento, sostuvieron relaciones humanas y prepararon a otros para saber hacerse preguntas íntimas y abrirse a la experiencia de Dios.

Me permitiréis que escoja relatos de mujeres porque, de la misma que he reconocido que vosotros, –profesores de religión en la escuela pública–, lleváis adelante el cristianismo cotidiano es importante destacar la presencia femenina en la redención porque la masculina, se da por sabida y destacada.

Retomaré la gran tradición del Éxodo, para que podamos conectar la compañía de Dios con la compañía solidaria de las mujeres.

En el arranque de la historia, algunas mujeres brillan por su capacidad de acompañar y muestran que el acompañamiento, aunque tiene sus técnicas y protocolos, es, fundamentalmente, una relación de encuentro.

Así, las parteras de Egipto, *Sifrá y Puah*, superando el miedo al faraón, ayudando a las mujeres hebreas a parir a sus hijos, no sólo las defendieron con inteligencia del poder del faraón, sino que posibilitaron el deseo de ellas de seguir adelante con su maternidad.

Yokébed, la madre de Moisés, escondió a su hijo hasta los tres meses pero, para salvarlo, lo acompañó en una aventura por el río Nilo.

Miriam, la hermana de Moisés, no sólo acompañó con su mirada el destino de su hermano, procurándole un futuro, sino que, según la tradición del Talmud judío, animó a su padre a desobedecer al faraón que quería impedir el nacimiento de varones israelitas y a pedir a los varones israelitas que se acostaran con sus esposas no cerrar la oportunidad de que nacieran mujeres. Sentada junto a su padre, le ayudó a superar su miedo y dio puso el protagonismo de la redención en las mujeres que, a ojos del faraón, no desafiaban su poder.

Séfora, la esposa de Moisés, en uno de los relatos más complejos de la Biblia, también acompañó el destino de Moisés, circundando a su hijo y protegiendo la vida de su esposo con un rito de sangre. Gracias a este signo, restauró el signo de la alianza sellada con Abraham y reavivó el mensaje de liberación que Moisés había escuchado en el episodio de la zarza.

Después de la liberación de Egipto, y en el marco del desorden reinante en los primeros tiempos en la tierra prometida, el tiempo de los Jueces, la figura de *Débora*, una mujer, se alza entre todos los demás varones.

El relato bíblico (Jc 4) dice que Débora juzgaba bajo una palmera y que los israelitas se acercaban a ella para dirimir sus pleitos.

El nombre Débora traduce la palabra “abeja” que es un animal que se distingue por su laboriosidad, utilidad, trabajo en equipo... La abeja es un animal en constante actividad y cuidado del bien común.

Propiamente, encontramos en la Biblia 3 mujeres llamadas así, “Débora”, y, de una manera u otra, todas tienen algo que enseñar a propósito del acompañamiento.

La primera Débora, la única mujer juez de Israel, se yergue entre los israelitas por su fuerte personalidad y enorme entusiasmo. El relato bíblico nos permite advertir cómo, gracias a su capacidad de liderar, Barac, el general de las tropas, hombre débil y asustado, se convirtió en un militar valiente. Además, al referirse a ella como juez, el texto bíblico está destacando su capacidad de discernir, algo que sirvió en la tradición judía posterior para presentar la figura de Débora como maestra de la Torá. Este punto es muy interesante,

porque otra de las Déboras de la Biblia, la abuela de Tobit (en el libro de Tobías 1,8), destaca el papel de las mujeres en la enseñanza de la Torá a sus hijos.

Al principio del libro, cuando Tobit está explicando cuántas complicaciones le trajo su compromiso ético con sus conciudadanos, el protagonista nos hace saber que este compromiso le nacía de cómo su abuela le había ido instruyendo en la ley de Israel. Este apunte, dos mujeres enseñando la Torá en medio de Israel es muy importante porque muestra cómo, a pesar de que la ley prohibía a las mujeres enseñar la Torá, muchas mujeres abrían una grieta en el judaísmo cotidiano para posibilitar la educación de los israelitas.

Como las parteras, como Yokébed, Miriam o Séfora, estas mujeres Débora –mujeres abeja- laboriosas, constantes, pendientes... estaban cerca de los actores de la historia de la salvación y, atentas a lo que Dios iba apuntando a lo largo de esa historia, se comprometían en un acompañamiento activo, propositivo y, en muchos casos arriesgado, llevando adelante la historia de la redención.

En el alumbramiento de la monarquía como forma de gobierno en Israel, *Ana*, la madre de Samuel, con su constancia (1 Sam 1), muestra su capacidad no sólo de acompañar el crecimiento y el futuro de su hijo, sino que con ello, alumbró un tiempo nuevo en la historia de Israel, tiempo del Mesías que ella anuncia en su oración agradecida (1 Sam 2).

De la misma manera, María, la madre de Jesús, reza y agradece en su Magnificat –que Lucas ha compuesto siguiendo de cerca la oración de Ana- la presencia y la compañía de Dios en la vida de todos los humildes y pobres de la tierra:

Lc 1, ⁵¹ **Actuó** con todo su poder:
deshizo los planes de los orgullosos,
⁵² **derribó** a los reyes de sus tronos
y **puso en alto** a los humildes.
⁵³ **Llenó de bienes** a los hambrientos
y **despidió a los ricos** con las manos vacías.
⁵⁴ **Ayudó al pueblo** de Israel, su siervo,
y **no se olvidó** de tratarlo con misericordia

Y podíamos continuar con tantas mujeres-madre a lo largo de la historia de la salvación. Mujeres que, en el ritmo de lo cotidiano, como vosotros, con su constancia y su perseverancia han ido sosteniendo la llama de esa lámpara que, como la que prendía en el

templo de Silo en tiempos de Samuel, no se ha apagado todavía a pesar de que las palabras proféticas, los signos evangélicos, a veces, parecen silenciados o confundidos.

Sólo me detendré unos momentos más a fijarme en esas mujeres que en el evangelio de Lucas (Lc 8,1-3) se dice que “le acompañaban y ayudaban al grupo con sus bienes”. No me voy a fijar en las discusiones de especialistas sobre quiénes eran o cuál era su estatus social. Me voy a fijar en cómo acompañaron a Jesús no hasta el final, que también, porque Lucas (Lc 23,27) hace referencia a esas mujeres que en el camino del Gólgota lloran y acompañan la ejecución de un ser humano. Me voy a fijar en las mujeres que acompañaron a Jesús después de su final.

Me estoy refiriendo a las mujeres que en la tradición oriental se han llamado las “miróforas”, no de mirar, y, por tanto, “mironas”, sino de [múron], ungüento, perfume... Estoy hablando de las mujeres que dice Lucas (Lc 23,55) que se fijaron en cómo lo sepultaban, esas mujeres que se fueron a casa a cumplir el shabat pero se lo pasaron tramando cómo volver al sepulcro para acompañar el último viaje del cuerpo de Jesús con la misma dignidad que lo cuidaron mientras estaba entre ellas, y le llevaron ungüentos y perfumes para su cuerpo muerto.

La compañía de esas mujeres permitió que se conservara la memoria de Jesús durante el sábado; esa compañía, que es la última, la que permite despedir a nuestros difuntos de esta historia envueltos en amor, en compasión, perfumados y preparados. Esta compañía es la que la tradición ha visualizado en su madre, *Stabat mater dolorosa*, que, en la versión de Lope de Vega habla de la última compañía que tendremos, la de Jesús – que no nos faltará- y que dice así en la oración *Stabat Mater*:

Haz que me ampare la muerte
de Cristo, cuando en tan fuerte
trance vida y alma estén.
Porque, cuando quede en calma
el cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria. Amén.

En el principio, Dios pensó quedarse siempre haciéndonos compañía

Estas miróforas que proclaman que no nos faltará la compañía de Jesús cuando tengamos que despedir esta historia, me hacen considerar la compañía definitiva de Jesús que se ha quedado en la Eucaristía.

Fijáos que abordar la Eucaristía podría hacerse, al menos, desde dos teologías, la del sacrificio y la de la alianza. No son independientes y mucho menos contradictorias, pero, cada una de ellas, acentúa un aspecto distinto.

De una o de otra manera, los cuatro evangelistas sitúan la última cena en el marco de la Pascua, y del sacrificio del cordero. Esa teología del sacrificio me permitiría hablar de la memoria de nuestra liberación en el marco de una comida. De cómo las comidas son un ejemplo privilegiado de lo que la compañía significa en nuestra vida. Nada más triste que comer sólo; no poder compartir el alimento que nos nutre y fortalece; no poder abrir un espacio de intimidad para desahogar las preocupaciones; no poder festejar tener una familia y amigos...

Pero, si nos fijamos, la teología de la alianza parece que invita a poner la mirada en un presente que dinamiza el futuro. Dice Pablo (1 Cor 11,23 Porque yo recibí del Señor esta enseñanza que os he transmitido”. La memoria de la Eucaristía la ha recibido Pablo de otros y nos la transmite a nosotros porque Jesús, en la mesa dice “Haced esto en memoria mía”. Así, Jesús interpreta el misterio de la alianza entre Dios y los hombres como un misterio de compañía, de compartir el pan, de estar con otros... La Eucaristía se convierte así en un misterio de proximidad-proximidad, de Jesús con nosotros y de nosotros con los otros.

Esa compañía va transformando cada comunidad que celebra la Eucaristía, como transformó a los discípulos que iban a Emaús o ¿No es cierto que el corazón les ardía en el pecho mientras les venía hablando por el camino y les explicaba las Escrituras?

Por eso, “1 Cor 11, ²⁶ De manera que, hasta que venga el Señor, proclamáis su muerte cada vez que coméis de este pan y bebéis de esta copa”.

Ahora bien, me atrevo a hablaros de la Eucaristía no sólo como ese sacramento excelente de la proximidad-proximidad de Jesús con nosotros y de nosotros con otros.

Quiero hablaros también de **la Eucaristía que se reserva en los sagrarios**; esa asegurada compañía de Jesús entre nosotros que, por cierto, es algo muy singularmente católico. Estoy hablando de lo que significa para nosotros saber que Jesús Eucaristía nos espera siempre. Estoy hablando de acercarnos a rezar con fe delante de Jesús en el Sagrario Recordando una de las estrofas del Himno del Congreso Eucarístico de 1911, “Cantemos al amor de los amores”:

Los que buscáis descanso en vuestras penas
y alivio en el dolor;

Dios está aquí,
y vierte a manos llenas
los tesoros de su divino amor.

No me gustaría que sonara a piedad o beatería antigua. No lo es. Es una confesión de que Jesús ha elegido acompañarnos; de que, si desde el principio Dios nos pensó acompañados; Dios quiso estar de nuestro lado, a nuestro lado, si Jesús, por la encarnación puso rostro a la compañía, por la Pascua convirtió la Eucaristía en sacramento de la compañía.

Reservamos la Eucaristía y, así, favorecemos que no falte en el viaje de los peregrinos; en la debilidad de los enfermos y en la última hora de los difuntos.

El Cristianismo fue, desde sus comienzos, compañía, una red de relaciones tejidas en torno al pan de la Palabra y la Eucaristía; y, así, como viático ellas acompañan hasta el final nuestro peregrinaje por esta historia

Por eso, adorar la Eucaristía en la celebración de la misa, en la reserva de los sagrarios o en el viático de los enfermos es la confesión más plena y completa de que nada, nadie ni nunca nos resulta ajeno.

En el principio, Dios se pensó en compañía.

En el principio, Dios pensó unas criaturas en compañía.

En el principio, Dios pensó quedarse siempre haciéndonos compañía.